

El viejo Mansfeld no tenía ni actividad ni autoridad, ni su hijo era conocido de los soldados. Con esto, mientras el hijo pugnaba en Francia con las sediciones de los regimientos, el padre no sabía hacer cosa mejor que despertar las antiguas pasiones contra los herejes (1).

Entre tanto, Mauricio de Orange completaba su instrumento de dominación, un ejército valiente y disciplinado (2); hacía caer en su poder, después de un sitio discretamente mantenido, la importante plaza de Gertruydenberg y forzaba á Verdugo á evacuar á Groninga (3).

Felipe II comprendió el peligro, y se apresuró á enviar como administrador provisional á Don Estéban de Ibarra, á quien apartó del ejército de Zaragoza, y se decidió á nombrar gobernador de los Países Bajos á un hermano del archiduque Matías, que ya en otro tiempo había usurpado el mismo puesto, el archiduque Ernesto.

### III.—Incapacidad del archiduque

Hacia muchos años que el emperador Rodolfo andaba á caza de la soberanía de los Países Bajos para su hermano Ernesto; hasta se sospechaba que había sido uno de los más peligrosos adversarios de Francisco de Valois en Amberes diez años antes (4). Pero los cuatro hermanos eran todos tal para cual, Rodolfo, Matías, Ernesto y Alberto (5).

Rodolfo era un alquimista maníaco que tenía horror á las mujeres. Como una enfermedad análoga hizo la fortuna de Alberto, ha de verse pronto. Matías era muy aficionado á las fiestas y temía los golpes: bien se recordará cómo partió llorando y haciéndose dar bienes eclesiásticos. Ernesto era jugador y borracho: su única cualidad buena era el amor, no al arte, sino á las obras de plata cincelada. Su puerilidad se

(1) Durante la enfermedad y después de la muerte de Farnesio fué cuando se publicaron los folletos católicos, como *Theatrum crudelitatum hereticorum nostri temporis*, auctore R. Verstegan, Antwerp, 1592, con 30 grabados; o *Delmeatio historica fratrum minorum a Gueusis in odium fidei crudeliter occisorum*.

(2) Cartas de Bongars, p. 279. «*Nihil fortius, nihil modestius*.»  
(3) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 85, del 25 mayo 1594, Tassis al rey.

(4) Correspond. de Busbecque, t. III, p. 148. Carta al emperador del 5 de febrero 1583, donde le previene que se tiene de él esta opinión en París.

(5) Entre Ernesto y Alberto hay aun Fernando y Carlos que no son superiores. Véase sobre estos príncipes la opinión del papa Paulo V, del rey Jacobo de Escocia y de varios políticos, reunidas por Perrens, *los Matrimonios españoles*.

ve en sus cuentas de gastos (6). Comienza por divertirse en Viena muchas semanas seguidas en celebración del honor que le había conferido el rey católico, invierte luego cuatro meses (7) en un viaje de Viena á Bruselas, pasando este tiempo entre bebedores ó bien encerrado para sangrarse y purgarse; consagra crecidas sumas á sus deudores, á sus músicos, á sus joyeros... Espantado de esta indolencia Don Estéban de Ibarra, escribe (8): «Me duele lo que se pierde y aventura por su tardanza.» Porque Mauricio de Orange no consagra su tiempo á los artistas, sino que gana terreno y amenaza á Brabante.

Ernesto en Bruselas no es ya útil: quéjase de cólicos continuos; es expulsado por los regimientos italianos, que se apoderan de Bruselas y proclaman la *República italiana* (9); reclutan los aventureros excluidos del ejército de Mauricio, nombran cónsules y hacen irrupciones contra los vecinos.—Arruinan, comen, saquean, escribe el príncipe de Chimay (10); saquean no solamente los villajos, sino las casas de los caballeros y las iglesias; matan á los hombres y violan á las mujeres.

El archiduque recibió fondos de Felipe, aceptó las condiciones de los rebeldes (11), pagó lo que se quiso y murió de sus cólicos algunas semanas después (12).

Un último rayo de esperanza trae á Felipe II un general que retrasó un año los progresos de Mauricio de Orange.

Este general no era otro que Mondragon. Había nacido dos años después que Carlos V y muere dos años antes que Felipe II. En esta carrera de cerca de un siglo, ha visto crecer y decrecer, alzarse y decaer el ejército: es el último de los grandes soldados de España. Único jefe á la muerte de Ernesto, maniobra con bastante arte para reducir á la impotencia el escogido ejército de Mauricio durante todo el año de 1595. En el invierno vuelve á su ciudadela de Amberes y muere muy luego á la edad de noventa y cuatro años.

(6) *Comis. real hist. de Bélgica*, t. XIII, p. 86.

(7) Octubre 1593.—Enero 1594.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1589, p. 90. Estéban de Ibarra á D. Juan de Idiaquez, 21 noviembre 1593.

(9) *Bolet. Comis. real hist.* t. XIII, p. 107.

(10) Motley, t. III, p. 294.

(11) Diciembre 1594.

(12) El 20 de febrero 1595.

## CAPÍTULO V

### LOS ESTADOS DE LA LIGA

1592-1594

INDISCIPLINA Y MISERIA EN FRANCIA.—CAMPAÑA DE 1593.—APERTURA DE LOS ESTADOS.—REANIMACION DEL PATRIOTISMO.—LA TOMA DE PARIS.—ALMONEDA DE LOS LIGUEROS.—NEGOCIACIONES

#### I.—Indisciplina y miseria en Francia

Treinta años hacia que, con pretexto de tiendas religiosas, estaba Francia abandonada á los odios privados, y era presa de los aventureros de todos los países, carecía de seguridad y bienestar. La mujer corría peligro en cuanto salía de una fortaleza. «No me atrevo á ir al campo, escribía en otro tiempo la señora de Cipierre á Carlos IX, por temor de que me roben y atropellen en los caminos» (1). Después se llegó poco á poco á robar las mujeres para someterlas á rescate. «Tuve noticia de que mi mujer estaba presa y puesta á precio de quinientos escudos de rescate» (2). También se robaban para ultrajarlas con singular refinamiento. La hija del comisario Belin (3), que era una gallarda moza de diez y ocho años, fué sorprendida en París por Le Brun, comerciante de la calle de Saint-Denis, y estuvo tres días perdida... en fin, se la encontró en una casa de la calle de San Honorato, donde se asistían apestados; fué rescatada por cien escudos y restituida á su padre, que murió de pesar.» Otras veces tenían que despojarse, hasta las simples campesinas, de todo lo que poseían, para rescatarse.

«Mi abuelo, refiere Guy Patin (4), fué preso por los ligueros y no pudo rescatarse por menos de cuatrocientas libras que tuvo que dar al contado; cantidad que no es grande hoy, pero que lo era entonces: para reunirla tuvo mi abuelo que empeñar á crecido interés sus joyas de casamiento, según le oí decir muchas veces llorando.»

Así, el exceso de los sufrimientos consternaba á los viajeros, que siguiendo caminos destruidos, no encontraban más que casas arrui-

nadas y villajos quemados (5). «Desde la frontera hasta París, escribían los españoles (6), ha cesado días há la comunicación de las villas; los vezinos dellas, cansados de la falta del tráfico y del no gozar sus haciendas, están desprovistos de victuallas, pobres y muy acobardados.» Los lobos devoraban hombres hasta en las calles de Palaiseau (7). Los jefes de partidas no reconocían ninguna autoridad: el duque de Epernon y Montpezat, yerno de Mayena, se concertaban en vano para poner en libertad á un caballero que había secuestrado uno de sus capitanes. «Lo ha entregado á cuatro soldados de su compañía que lo guardan en una cueva á dos leguas de allí» (8).

El odio crecía contra el extranjero que mantenía estos males. Los sentimientos católicos pugnaban con las prácticas teatrales de la devoción española: cuando los regimientos de Felipe II celebraban, en su guarnición de París, las fiestas de Pascua, representaban á las santas mujeres *con tres maniquetes* (9); el pueblo los acusaba de idolatría. Los ánimos comenzaron á volverse hácia Enrique IV. José Foulon, abad de Santa Genoveva, reunió á los principales burgueses para estudiar una transacción, mas fué denunciado al legado por uno de sus religiosos y reducido á prisión. Se le acusaba de haber tenido la audacia de sostener que un sacerdote en el púlpito no debía ocuparse en asuntos de Estado. Mayena le facilitó la evasión (10).

La opinión de los parisienses se había modificado ya de tal manera, que Tassis, el agente de Felipe II que tenía más discernimiento y

(5) Cartas de Bongars, p. 315.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1569, p. 201, Tassis y Moreo al rey, del 30 diciembre 1589.

(7) Lestoile, p. 175.

(8) *Bolet. soc. hist. del Perigord*, año 1880, p. 384.

(9) Lestoile. Cavriana, el embajador de Toscana, escribía: «Con gli Ugonotti son molti catolici partigiani della casa di Borbone.»

(10) Palma Cayet, p. 472.

(1) Carta citada por M. de Ruble, *Francisco de Montmorency*.

(2) Lestoile.

(3) *Ibid.* p. 94.

(4) *Edic. Reville-Parise*, t. I, p. 333.

tacto, escribía espantado (1): «Paris está llena de políticos y quizá de parciales del de Bearne; los buenos cansados de la vida de hasta aquí.» Era oportuna ocasión para pasar lista la elección del preboste de los comerciantes; pero ni Mayena ni los burgueses parecían dispuestos a favorecer á los candidatos de los españoles.—«No se me pide parecer, escribe Ibarra (2); tengo por excluidos á M. de la Bussiere, y Masparaut; que fueron, sin embargo, de los buenos; pero se inclinan á Luillier, del cual tengo muy ruin informacion.»

Pero hasta los mismos *buenos* son sospechosos entre sí; ninguno parece bastante puro: la envidia, los reproches de venalidad ó de moderación, azotes de todas las democracias, desgarran la Liga. Los héroes de las barricadas, como el tapicero Lassus, ó como el fervoroso que se daba el nombre de *Dieu-Merci-la-Saint-Berthelemy*, son proscritos á su vez (3). En esta crisis continúa Felipe II su indeciso sistema.

#### II.—Campana de 1593

Enrique IV no podía aprovecharse del miedo de los parisienses: fatigados sus voluntarios por la larga campaña de Normandía, habían vuelto á sus casas; los alemanes no querían comprometerse, si no se les anticipaba la soldada (4); la reina Isabel se negaba á enviar refuerzos «temiendo que fuera causa de que el conde de Essex, á cuyo mando estaban los ingleses en Francia, permaneciera aquí, cuando á toda costa quería tenerlo allá, como la persona que más amaba en el mundo y de quien temía el menor peligro» (5). Enrique IV estaba entre Charenton y Saint-Maur (6), dispuesto á entrar en campaña contra el ejército de Farnesio reunido en Arras.

Pero Felipe II había diseminado de tal modo sus subsidios y soldados, que el ejército de Arras no pasaba de once mil hombres (7). Púsose en marcha en lo más crudo del invierno y avanzó hasta Noyon sufriendo increíbles privaciones (8).

Noyon solamente estaba defendida por cua-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 67.

(2) *Ibid.* p. 62. Al rey, del 3 de noviembre 1592.

(3) Lestoile, 24 febrero 1594.

(4) Cartas de Bongars, p. 199.

(5) Mad. de Plessis-Mornay, *Memorias*, t. I, p. 212, publicadas por Mad. de Witt. Mornay estaba entonces de comision en Londres.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1582, pág. 53, del 5 octubre 1592. Ibarra al rey.

(7) *Ibid.* K. 1587, p. 14, Tassis al rey.

(8) *Ibid.* p. 78, Mansfeld á Don Martín de Idiaquez. «Necesidad increíble.»

trocientos cincuenta ingleses, que evacuaron la plaza sin combate. Pero este fácil triunfo no aumentó la autoridad de Carlos de Mansfeld para con los veteranos de Farnesio. El ejército se negó á salir de Noyon mientras no se les entregaran los seiscientos mil escudos de pagas atrasadas (9). Los oficiales mismos hallábanse en tal estado de miseria, que hubo de reconocer Mansfeld la imposibilidad de toda operacion militar.—Los dos regimientos españoles, escribió (10), han amenazado abandonar sus banderas para ir á mantenerse sobre Artois (11); mi maestre de campo, Don Antonio de Zúñiga, desprecia mis órdenes y ni siquiera me dirige la palabra, siendo sólo considerado por el albanés Jorge Basta.—Después de cinco meses de inacción, promete Mansfeld á sus soldados traerles dinero de Flandes; pero en vano lo procura y reaparece en medio de ellos con las manos vacías (12). Sin más demora abandonan el campo novecientos españoles, penetran en la ciudad de Saint-Pol, en Artois, y viven á costa de sus habitantes. Los italianos, por su parte, se amotinan y la situación no puede ser más triste. «Las cosas, dice el juicioso Tassis (13), están en tal estado, que es menester gran misericordia de Dios para traellas á buen puerto.» Los insurrectos reinaron en el Artois por espacio de quince meses (14) y no volvieron á sus guarniciones hasta que se aceptaron sus tratos.

#### III.—Apertura de los Estados

Felipe II sacrificaba todos sus recursos en aquella época para captarse un título legal á la corona de Francia. No quería deber nada al papado y creía que los Estados generales le darían una investidura suficiente. En vano le advertía Tassis que los Estados generales «ninguna cosa podían dar sino sólo el nombre» (15) y que como la fuerza era necesaria, mejor era mantener soldados que no pagar traidores. En vano añadía otro español (16): «Como son todos franceses, aunque difieren en religion, convienen y concuerdan en lo que es guardar el reyno

(9) Ms. Arch. nac. K. 1587, pág. 31. Tassis al rey, del 9 abril de 1593. «La gente medio amotinada y resuelta de no marchar sin ser pagados.»

(10) *Ibid.* p. 81, del 3 de julio 1593. Al rey.

(11) Estos dos regimientos eran los de Don Alonso de Idiaquez y Don Antonio de Zúñiga.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1587, p. 70, del 6 agosto 1593.

(13) *Ibid.* p. 31.

(14) De mayo 1593 á agosto 1594.

(15) Ms. Arch. nac. K. 1587, p. 99.

(16) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 66. Diego Maldonado al rey, de octubre 1592.

y corona que no la posea extranjero... pareciéndonos que V. M. les quiere yr acabando de quemar lentamente, y que este cuerpo de reino tiene complexión tan robusta que podría sufrirlo, y curallo todo... Pensar de hacer en Francia, en esta era, cosa alguna por amor ni persuasión es yerro y engaño, que no vale otra cosa que la fuerza, y esta les ha de obligar á hacer virtud por necesidad y no otro ningun medio... Quieren más á Bearne, que es francés y de su cosecha, que no un extranjero, aunque sea un ángel.»

Felipe cree más en las maravillas de la corrupción que en el poder de la fuerza, y escucha á los que le hablan de comprender en estos tráfico, no ya sólo á la nobleza y al clero, sino también «hacer algun officio con las villas principales y grangear personas dellas» (1). Acaso no se engañaba. Mas para lograrlo habría debido convocar los Estados generales, mientras Farnesio tenía en jaque á Enrique IV en la Normandía; derramar con profusion el dinero y no olvidar en la distribución á sus famélicos soldados. El éxito, si lo quería comprar, debía pagarse caro. «Y esta verdad cada hora la veo más claramente, decía uno de sus agentes (2), por donde me atrevo á repetilla tantas veces. Y por si caso no se pudiera emprender esto con tanta abundancia de gente y dinero, será mucho más servicio de V. M. de pensar en otros medios.»

Mayena no se resistía á la reunion de los Estados: desde 1590 preparaba la convocatoria (3); pero los españoles no se decidieron tan rápidamente. Las elecciones no se hicieron hasta fines de 1592. Por último, los diputados llegaron á Paris: eran ciento treinta en la sesion de apertura, el 26 de enero de 1593, en el salon del Louvre (4). Del rey de España no se tenían noticias. Felipe ha tenido á bien añadir á todos los agentes suyos que circulan por Francia, un embajador extraordinario, el duque de Feria, y lo esperan. Feria está en Milan; luego se pone en camino y viaja lentamente con su pomposo cortejo. A lo ménos Felipe puede hacer que tengan paciencia los Estados con un manifiesto que los atraiga á él.—No (5), dice, he examinado si sería útil publicar una justificación en Paris,

(1) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 53. Ibarra al rey, del 5 oct. 1592.

(2) *Ibid.* K. 1589, p. 27. Ibarra al rey.

(3) *Corresp. de Mayena*, publicada por la Academia de Reims, t. I, p. 55.

(4) Bernard, *los Estados de 1593*.

(5) Gachard, *Corresp. de Felipe II*, prólogo del t. II, carta del 25 de febrero 1593.

pero no es menester: á los buenos bástales los actos; á los demás no quiero dar ocasion para una réplica.—Por fin se acerca Feria; pero ante todo debe concertarse con Mayena. Los Estados siguen esperando.

Mayena no había ocultado á Farnesio su oposición al proyecto de ceñir la corona de Francia á la frente de la infanta Isabel (6); hasta se había mostrado ingenioso en la multitud de proposiciones que hubo de imaginar para descartarse de esta princesa. ¿Por qué no dejar al joven cardenal de Borbon en lugar del que ha muerto con el nombre de Carlos X? dijo primeramente.—Sólo por perjudicar á España habla el duque así, escribieron los agentes españoles á Felipe II.—«Mucho desto ó todo lo creo y temo,» puso el rey al margen de la carta (7). Pero si se tomara al duque de Saboya por rey de Francia, dice un día Rosne, confidente de Mayena, á Don Diego de Ibarra, es igual para el rey ver reina de Francia á la Serma. infanta Doña Catalina, duquesa de Saboya, que á la Serma. infanta Doña Isabel.—Menester será desengañarles desto, escribe el rey al margen, pues es muy contrario de la verdad (8).

No ignoraba Felipe las pretensiones personales de Mayena á la corona: se ofreció á comprárselas y le pidió condiciones. Rosne llevó al duque de Feria las condiciones de Mayena, resumidas así en una nota que se envió á Felipe II. «Dificultar cualquiera elección fuera de la suya, y saliendo ella, querer dar á S. M. la Provenza y otra Provincia, y entiéndose será la Picardía.—Dar Blavet en Breñaña á S. M.—Dar á Monterol (Montreuil), Ardres, Calais, Boloña y el Catelet.—Ceder en Roma la precedencia que hasta aquí se ha dado á Francia» (9).

Estaban lejos de entenderse. El duque de Feria no tuvo dificultad ninguna en explicarse con Mayena desde su primera entrevista (10); Mayena sentía embarazo en discutir por los veintitres mil escudos mensuales que venía recibiendo de Felipe hacia ya cuatro años (11) y deseaba conservar. Así, sus segundas proposiciones fueron más moderadas. Pidió simplemente al duque de Feria que le continuara España las pensiones prometidas por Moreo y

(6) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 34.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1588, p. 44. Martín de Gurrpide á Ibarra, 17 enero 1593.

(8) *Ibid.* p. 89, Ibarra al rey, del 28 enero 1593.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1588, p. 27.

(10) En Soissons, el 25 de febrero 1593.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 15.

otros, con los atrasos, y se le asegurase además el pago de sus deudas; *item*, una renta perpetua de doscientos mil escudos, más cuatrocientos mil escudos pagaderos en tres años; *item* «se le dará la Borgoña, como lo pide» (1), es decir, como lo estipula el tratado firmado, despues de tres días de debate «con todas sus rentas; *item*, se le dará el gobierno de Normandía para uno de sus hijos.» Mediante lo cual el duque de Mayena se declara satisfecho, «y renuncia á su primera pretension á la corona, cediendo provincias, y promete poner todos sus anhelos en que se declare y elija por reina de Francia á la infanta Doña Isabel.»

El duque de Feria no debió ignorar que Mayena se vanagloriaba de haber firmado este deshonroso tratado con la intencion de no tenerlo por válido sino en las cláusulas relativas al dinero que pudiera recibir; pero no podía ser exigente, porque habian surgido ya mil dificultades: la más rara era la que sobrevino de pronto entre los mismos agentes de Felipe II, á la hora de establecer el ceremonial de la entrada en el salon de los Estados.

El rey, demasiado prudente, creía que no podía haber tales cuestiones entre sus embajadores. Pero ellos se negaron (2) á seguir al duque de Feria á los Estados, si el lugar que se les señalara ofendía en lo más mínimo su pundonor: todos convenian en que el duque debía ir en el primer lugar; Diego Maldonado, simple agente en Bretaña, aceptaba de buen grado el último, pero los otros tres se disputaban la preeminencia. Tassis hacia valer la duracion de sus servicios diplomáticos; Don Inigo de Mendoza decía «que la justicia de su derecho consistía, lo primero, en ser, como era, hijo y nieto de grandes de Castilla por parte de padre y madre; y lo segundo en la comision que traía, que era fundar en razon y justicia la intencion y pretension del Rey.» Y continuaba un alegato de jurista. En fin, Don Diego de Ibarra sostenía que siempre habia sido igual á Tassis.

La solucion fué que no asistirían nunca juntos á una misma sesion. «¡Ah! exclamó entonces Ibarra: la muerte del duque de Parma, se ve cada día más la falta que hace!»

El dúctil Maldonado salió mejor de sus negociaciones con los Estados generales y arregló sin gran dificultad el ceremonial de la recepcion.

(1) Ms. Arch. nac. K. 1585, pág. 73. «Se le dará la Borgoña como la pi el resumen hecho por el rey. El tratado en francés del 28 de febr. de 1593 está publicado por M. de Croze, t. II, p. 410.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 33 á 40.

El duque de Feria pudo, en fin, penetrar en el salon de sesiones á los dos meses largos de la llegada de los diputados (3) y este retardo fué suficiente para arruinar su mision.

«El viérnes á las tres, escribe (4), vino á avismarme el Padre Orbaix que me estaban esperando. Salí acompañado de todos los italianos y españoles que tiene el rey en Paris y llegué al palacio que llaman Louvre, y al principio de la escalera me estaban esperando Gilbert Genebrard, arzobispo de Aix y otros. Despues llegó Manuel, segundo hijo del duque de Mayena con otros señores, y en lo alto de la escalera me esperaba el cardenal de Sens y los maceros, que me precedieron hasta una sala muy grande, la cual estaba colgada de tapicería, y á un lado un tablado alto, adonde estaban la duquesa de Nemours (5) y sus hijas y la duquesa de Montpensier y otras damas, y por la sala bancos de los diputados de todas tres cámaras que se juntaron, y mas adelante un dosel y debaxo una tarima grande cubierta de alhombros, y en medio del dosel una silla, que estuvo vacía, la qual dicen que estaba puesta para representar la persona real, y al lado derecho, debaxo del dosel, otra en que se sentó el Cardenal de Sens, y al lado izquierdo, asimismo debaxo del dosel, otra en que yo me senté, y un poco apartado de la mia, fuera del dosel, estaba Manuel y abaxo de la tarima, á la mano derecha, estaban los arzobispos y obispos.»

¡Vanos honores! ¡Engañosa pompa! Algunos días despues sabe el duque que aquel mismo Mayena, que acababa de comprar, y aquellos parisenses que creía sumisos á la guarnicion española, acuerdan una tregua con el odiado bearnés. Así, Felipe II envía á los que han de dar á conocer sus intenciones en el momento preciso en que su intervencion, invocada por espacio de tres años, no es ya deseada. Ha esperado á que se cansaran sus adeptos para venir en su ayuda; y se decide en el instante en que se renuncia á él. Los delegados de Mayena y del clero van á buscar á Enrique IV á Suresnes (6), y comienzan las conferencias para empezar por una tregua y acabar por ofrecimientos de servirle. Los ligueros que quieren que se les compre, tienen ya por más honroso que les pague

(3) La apertura fué el 29 de enero; la recepcion del duque el viérnes 2 de abril.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 40. El duque de Feria al rey.

(5) El original dice la duquesa de Guisa, pero yo creo que se trata de su suegra, á la cual los extranjeros daban siempre el título de su primer marido.

(6) El 25 abril 1593.

el rey, que no que les entretenga España. Las primeras proposiciones son exorbitantes. — ¿Qué importa? dice Enrique IV; habiendo dicho su precio, tienen ganas de vender (1).

Los ligueros afectos á España claman en vano contra estas conferencias y hasta inventan el cartel público creyendo que se leerá «su declaracion, protesta y desaprobacion, fijada en las esquinas de las calles de Paris» (2). ¿Qué puede este fanatismo en una ciudad hambrienta cuatro años hacia? «Porque, como escribe el duque de Feria (3), aunque no se puede llamar cercada por no tener exercito sobre sí, mas teniendo los enemigos las riberas y passas en su poder, pues toda la provision que viene allá le paga contribucion, se puede contar por cercada, vive por mano del enemigo.»

Pero lo que sobre todo cierra la boca al duque de Feria, el golpe que más le agobia despues de las contrariedades de la etiqueta y la sorpresa de las conferencias de Suresnes, es que en hora tan crítica faltan los fondos (4). Tassis no tiene ya créditos, Ibarra no tiene ya dinero, Mendoza no ha traído más que sus títulos de nobleza, Maldonado se muere de hambre. Es el momento de pujar las conciencias y disputárselas á Enrique IV: la guarnicion española de Paris cuesta ochenta y siete mil escudos de oro mensuales (5); Villars-Savoie en Guyena recibe seis mil (6); la duquesa de Guisa acaba de cobrar más de quince mil (7); el arzobispo de Lyon recibe mil solamente (8); pero ha sido preciso distribuir hasta ocho mil entre los diputados de los Estados generales para que tuvieran paciencia esperando al duque de Feria «y entretenerlos sin que se disolvieran» (9); y los demás gastos corren en las provincias. La Charte se queja de que no se le pague su pension; el duque de Aumale envía á Felipe II un cróquis del valle de la Somme y de sus plazas fuertes (10) y añade: «Los gobernadores están á mi devocion, pero es menester darles alguna ayuda de costa.»

¡Raza degenerada! Un veterano de los pri-

(1) Mad. de Mornay, *Memorias*, publicadas por Mad. de Witt, t. I, p. 226.

(2) Un ejemplar de este primer cartel político, fechado del 25 de abril 1593, se conserva Arch. nac. K. 1588, p. 103.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 40.

(4) *Ibid.* K. 1588, p. 31.

(5) *Ibid.* p. 1.

(6) *Ibid.* p. 13.

(7) *Ibid.* K. 1585, p. 20. La cifra exacta es de 15,789 escudos de oro.

(8) *Ibid.* K. 1588, p. 31.

(9) *Ibid.* «A los Estados generales para que se entretengan sin disolverse.»

(10) *Ibid.* p. 29.

meros años de guerra religiosa, La Noue, pocos meses ántes de su muerte decía á un camarada suyo, indicando una rama de laurel en la cimera de sus armas esculpidas en la piedra de la chimenea: «Hé aquí, primo mio, la recompensa que vos y yo esperamos.»

Miéntras los banqueros abrian nuevos créditos, se esforzaba el duque de Feria en influir sobre los diputados con razones y Memorias jurídicas. Para él era indudable y fácil la eleccion de la infanta Isabel (11). La ley sálica no le parecia sino una objecion pueril.

Vése, en efecto, cuán difícil de defender era esta ley en la discusion que sobre ella tuvo en Madrid el presidente Jeannin con el jurisculto español Rodrigo Zapata. «Tocaba á los franceses que querian excluyr á las mujeres probar la costumbre, y que si la provavan en los casos que habian sucedido, en otros que no fuesen semejantes no se havia de admitir, y que entonces cuando se introduxo, los de la casa de Borbon ya estaban apartados de la Casa Real y así no han de gozar della.—La costumbre se introduxo desde el principio del Reyno de Faramundo.—La costumbre no se presume, y que diese actos en que se hubiese introducido antes del tiempo de Luis Hutin» (12).

Pero no es tan fácil destruir el sentimiento nacional como las ficciones de nuestros antiguos legistas. El rey de Francia debe ser francés: es una ley que no ha menester estar escrita. Ahora bien, como el duque de Feria sabe que su amo nos destina un archiduque, comprende que no se allanarán las dificultades áun cuando hiciera él aceptar los derechos de la infanta. «Yo, dice (13), lo remito todo á que se mostrara por razon el que mas conviene para excluyr toda discusion sin afectos particulares, y con esto, sin nombrar persona, ven bien claro á quien se tira los príncipes que llaman en este reyno, quando estuviesen desengañados con un poderoso exercito de sus intentos, sin falta cederían á quien con tan grande diferencia es superior á todo, como qualquiera de los sobrinos de Vuestra Majestad. El pueblo se muere por un general apetito de Rey de su propia nacion, sin ahondar mas lo que conviene, pero quanto al favor

(11) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 40.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1595, p. 14. Don Rodrigo Zapata á Don Juan de Idiaquez. La sala era el dominio que debía suministrar un jefe armado: todavia se llama la *salle* al castillo feudal en el Borbonés y en la Auvernia. No pudiendo la mujer prestar el servicio militar, era naturalmente excluida de la *salle*. Torturando esta fórmula fué como los antiguos legistas aplicaron por patriotismo la ley de la Sala á la corona real.

(13) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 40 y